

## ¿CRIMEN COMO MODO DE INTEGRACIÓN? LA MARGINACIÓN DE DER ROTKOPF EN *RUODLIEB*

EVA PARRA MEMBRIVES  
Universidad de Sevilla

### RESUMEN

Uno de los personajes más marginados de la literatura cortesano - caballerescas alemana es sin duda el desdichado Rotkopf de la obra anónima *Ruodlieb*. El acusado rechazo social que padece el personaje, y que se debe fundamentalmente a su llamativo color de pelo, se justifica textualmente con un aparente carácter violento del personaje, tachado de falso y traicionero. No obstante, como se demostrará en este trabajo, la criminalidad del pelirrojo surge más bien como respuesta precisamente a este alejamiento social, observando este ser proscrito un comportamiento marcadamente antisocial para atraer la atención sobre sí mismo y poder ser —aunque temporalmente, en el momento de su condena— integrado en un sistema que le había desterrado desde el instante de su nacimiento. Para el pelirrojo de *Ruodlieb* la criminalidad no constituye así un comportamiento de rechazo hacia lo colectivo, sino, curiosamente, lo contrario, un intento de acercamiento, de integración, de sentirse parte de una comunidad.

Aunque quizá podría también calificarse simplemente como un ejemplo ilustrativo de criminalidad en la Edad Media literaria, sin duda alguna el personaje llamado *Rotkopf* —es decir, *pelirrojo*—, es un interesante representan-

te de aquellos seres cuya marginación parece haber sido decidida de manera irrevocable por una instancia infinitamente superior con independencia del posible comportamiento observado por el personaje en el desarrollo de la narración. Perteneciente a la obra épica *Ruodlieb*, una de las primeras novelas caballerescas surgidas en territorio alemán, en la que las estructuras cortesanas sólo están someramente presentadas <sup>1</sup>, pero no obstante la marginación para quien incumple sus exigencias ya se halla presente, *der Rotkopf* es un personaje que difícilmente puede llegar a despertar las simpatías del público, que observa a lo largo de un extenso y apasionante pasaje de esta obra mencionada <sup>2</sup> con mudo horror cómo se intensifican las continuas y despreciables fechorías del personaje. Pero parece difícil no obstante decidir aquí de manera definitiva si la maldad extrema que conduce a la corta, pero intensa carrera criminal de este joven es verdaderamente innata y responde a una libre elección del personaje o en realidad ha sido provocada, casi generada, por el entorno. Es decir, no queda tan claro aquí si son en verdad sus delitos los que le convierten en un ser aislado y repudiable a ojos del sistema o si, por el contrario, las infamias que comete el pelirrojo se hallan motivadas precisamente por una acusada e inexplicable marginación social <sup>3</sup>. En cualquier caso, durante la lectura de la obra resulta del todo evidente que el entorno social rechaza con firmeza a este personaje incluso antes aún de su aparición física en el relato, conduciéndole inexorablemente hacia la marginación definitiva <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Lo cual se ha valorado de manera muy positiva. Según Wapnewski, en la pretensión de «realismo» (el entrecomillado es suyo) de esta obra temprana puede verse un marcado alejamiento del idealismo cortesano de la época de mayor apogeo, que este crítico considera forzado. (WAPNEWSKI, PETER (1980), *Deutsche Literatur des Mittelalters*, Göttingen: Vandenhoeck & Rupprecht, p. 23) El verismo de la obra la convierte así en un testimonio único de la vida cortesana tal como debió de desarrollarse en la realidad medieval cotidiana. Precisamente por ello el análisis del acogimiento del pelirrojo en su entorno es en especial interesante, pues puede suponer su marginación indebida una clara muestra de la parcialidad y los prejuicios de un sistema no tan perfecto como desea aparentar.

<sup>2</sup> En concreto, los capítulos V-VIII. Con ello, el pelirrojo, o Rufus, *der Rotkopf*, ocupa el tercer lugar en número de versos después del protagonista, el caballero *Ruodlieb*, y del monarca que acoge a este último en su destierro, lo cual parece muy significativo, puesto que en la obra aparecen otros personajes argumentalmente bastante relevantes como pueden ser el sobrino de *Ruodlieb*, o su madre.

<sup>3</sup> Faulstich ya sugiere que algunos de los personajes ambulantes y viajeros sin rumbo fijo de esta época (como es el caso del pelirrojo en la obra presente) ven en el origen de su desarraigo una fuerte marginación social por motivos diversos (aquí quizá el pelo rojo), que lleva a su vez irremediablemente a la condena social por haber renunciado los personajes en cuestión a la protección de la comunidad. Vid. FAULSTICH, WERNER (1996), *Medien und Öffentlichkeiten im Mittelalter 800-1400*, Göttingen: Vandenhoeck & Rupprecht, p. 228.

<sup>4</sup> Es aquí donde reside precisamente el interés de este personaje, pues aparece como representante de un grupo social escasamente documentado en la Edad Media. Dado que, como indica

El origen del arraigado prejuicio que se forma en el lector acerca de este ser desgraciado puede hallarse en el texto en las palabras de despedida que el rey, en cuya corte se halla refugiado al inicio de la obra Ruodlieb, el caballero protagonista, le dirige a su protegido. Se trata del momento en que el valeroso Ruodlieb, cuyo forzoso y prolongado destierro ha tocado felizmente a su fin, pues se han solucionado de manera favorable las circunstancias que le alejaban de su patria, decide abandonar su hogar de acogida y volver a sus propios dominios occidentales junto a su doliente madre. En el emotivo instante de la partida, el bondadoso monarca que le ha acogido cariñosamente durante tanto tiempo le ofrece como regalo de despedida y como aprovisionamiento para su largo camino de regreso entre otros presentes algunos sabios consejos que demuestran el extremado aprecio que siente por este caballero. Interesará aquí de entre ellos el primero, que precisamente hace referencia, de manera general, a los pelirrojos:

«Habe niemals einen Rothaarigen zum besonderen Freund!  
Wenn der in Zorn gerät, denkt er nicht mehr an Treue; denn heftig,  
furchtbar und dauerhaft ist sein Zorn. So gut kann er gar nicht sein, daß  
nicht irgendeine Tücke in ihm wäre, der du nicht ausweichen kannst,  
ohne davon einen Makel davonzutragen; denn nach der Berührung mit  
Pech wirst du kaum mehr bis zum Fingernagel rein werden»<sup>5</sup>

Naturalmente, un rechazo tan generalizado hacia los pelirrojos habrá de afectar, como se comprenderá, profundamente al personaje dueño de cabello de

---

Orth, la literatura épica intenta reflejar la realidad social cotidiana de manera fidedigna, la narración proporciona información en particular valiosa acerca de los mecanismos que llevan a la marginación en un personaje. «Gerade die Darstellungen der gesellschaftlichen Realität in der höfischen Epik werden für zuverlässig und genau gehalten, und sie mußten es wohl sein, schon aus kompositorischen Gründen: die Zuhörer, das höfische Publikum, sollte ja von den Werken angesprochen und unterhalten werden, darin einbezogen sein, sie verstehen und goutieren können, d.h., irgendein Gelenk mußte Fiktion und Wirklichkeit miteinander verbinden; die gesellschaftliche Realität bot sich dafür an: wenn die dargestellte (idealisierte) Gesellschaft der höfischen Epik in den Grundtatsachen mit den Alltagsgegebenheiten übereinstimmen, wurde Identifikation mit den Abenteuer-Helden möglich» ORTH, Elisabeth (1990), «Formen und Funktionen der höfischen Rittererhebung», en: *Curialitas Studien zu Grundfragen der höfisch-ritterlichen Kultur*, Göttingen: Vandenhoeck & Rupprecht, pp. 231-301, aquí p. 137.

<sup>5</sup> Se ha preferido citar a partir de la traducción al alemán moderno efectuada por Fritz Peter Knapp para Reclam. La traducción española, en esta, así como en las citas subsiguientes, es nuestra. «¡No tengas jamás a un pelirrojo por amigo especial! Cuando éste monta en cólera, no se acuerda de la fidelidad, impetuosa, terrible y duradera es su cólera. No puede ser tan bueno que no exista en él alguna tara, de la que no puedes escapar sin soportar perjuicio, porque tras el contacto con la brea difícilmente quedarás limpio hasta en las uñas de tus dedos.» *Ruodlieb* (1977), Stuttgart: Reclam, cap. V, vv 451-456.

este color que aparezca en el relato. Será además éste, y subráyese ello de nuevo, el consejo que encabece la larga lista del monarca, es decir, será la advertencia que este último ha enjuiciado como lo suficientemente relevante como para que ocupase ordinalmente la primera posición de todo aquello que su protegido temporal necesitará saber y que le será de alguna utilidad práctica en su futura existencia lejos del amparo de su corte de acogida. Sin duda alguna, el consejo resulta insólito, y por más de un motivo. Obviamente, hay que suponer que la infinita sabiduría que caracteriza a este rey debe ser fruto de su mayor edad y experiencia. De hecho, la mayor parte de los consejos que le proporciona este gran señor a su fiel vasallo Ruodlieb se revelarán a lo largo de la obra como muy acertados y extremadamente prácticos. Y, sin embargo, este monarca que al parecer tan bien conoce la maldad que caracteriza a los pelirrojos procede de algún por el autor innombrado país africano <sup>6</sup>, mientras que Ruodlieb es claramente de origen occidental <sup>7</sup>. Si se tienen en cuenta estas dos circunstancias, podría suponerse con escaso margen de error que cualquier conocimiento directo trabado con algún pelirrojo —o con más de uno— que llevase a conclusiones genéricas tan desfavorables acerca de este tipo de personas debería serle más bien propio al caballero Ruodlieb, que en la época anterior a su exilio <sup>8</sup> habrá tenido probablemente mayor oportunidad de coincidir con alguno, que a su señor accidental, cuya existencia se ha debido desarrollar en un entorno donde los pelirrojos ciertamente no abundan y menos aún durante el Medievo.

Naturalmente, la aprensión, o, mejor dicho, la aversión que el monarca siente por los pelirrojos puede deberse precisamente a un desconocimiento, es decir, quizá el rey africano rechace de plano a los pelirrojos y los considere es-

<sup>6</sup> Aunque no se señala esta procedencia en ningún momento durante la estancia de Ruodlieb en los dominios del monarca, una vez retornado el caballero protagonista a su hogar, cuando desea mostrar a su madre los regalos recibidos, ordena traer unos «*afrikanische Brote*» (panes preparados por los africanos) en cuyo interior encontrará un gran tesoro, el último de los generosos obsequios del rey. Vid. *Ruodlieb* (1977), cap. XIII (XI), vv. 42-48

<sup>7</sup> Aunque aquí tampoco se menciona ningún país en concreto, el origen occidental de Ruodlieb es indiscutible, no sólo por los múltiples ejemplos de cultura cortesana que se advierten en la obra, sino también a partir de las referencias a la agricultura y la pesca efectuadas cuando el personaje se halla ya en su patria. Así, forma parte del paisaje vegetal de este país desconocido el cerezo (*Ruodlieb* (1977), cap. XII (X) v 66) y la fresa (cap. X (XIII) v. 109), por ejemplo, y, en cuanto a peces, aparecen el lucio, el salmón, la carpa, la tenca, el barbo, el ciprino, la trucha, la acerina, la anguila, el siluro, el títalo, y la perca (*Ruodlieb* (1977), cap. X (XIII) v. 39 y s.)

<sup>8</sup> Ya los versos iniciales de la obra sugieren que se trata de un caballero reputado, y por lo tanto, experimentado: «Ein Mann, geboren aus edlem Geschlecht, machte seinem angestammten Adel mit seiner Gesittung Ehre» («Un hombre, nacido de ilustre linaje, honra a su nobleza de estirpe con su condición») *Ruodlieb* (1977), cap. I, v. I-II

pecialmente agresivos porque suponen para él un fenómeno poco habitual y, por lo tanto, como todo lo desconocido, en principio muy sospechoso. Habrá de colaborar a crear este prejuicio de tendencia peyorativa además la común creencia medieval de que en los seres de pelo rojo se manifestaba externamente algún pacto realizado con el diablo, lo cual llevaría, más adelante, a perseguir como brujos o brujas a muchos de estos desafortunados personajes <sup>9</sup>. No obstante, de todos modos sorprende comprobar cómo Ruodlieb, un caballero que parece ser de lo más experimentado y que procede de tierras donde el caballo de color rojo no debe ser ninguna rareza, acepta esta advertencia con inmensa gratitud considerándola como una importante aportación a su conocimiento personal.

Pero asombroso resulta aquí este consejo no sólo por de quién procede, sino asimismo por el orden que ocupa en la lista de prioridades del monarca. Es evidente que en la instrucción de un caballero seguramente serán de mucha mayor utilidad otras observaciones que el rey menciona sin embargo mucho más adelante, y, además, de forma mucho más superficial, como pueden ser, por ejemplo, no discutir con el señor de quien se es vasallo <sup>10</sup> o acudir a misa siempre que ello fuera posible <sup>11</sup>. Ausentes se hallan en su discurso del todo, ade-

---

<sup>9</sup> Se creía que el exterior era un reflejo de la interioridad del personaje. Vid. RÖSENER, WERNER (1990), «Die höfische Frau im Hochmittelalter», en *Curialitas, op. cit.* pp. 171-230, aquí p. 171. De hecho, no sólo con frecuencia las mujeres que eran quemadas como brujas debían esta acusación simplemente a su color de pelo, sino que también, curiosamente, el traidor Judas era representado en la iconografía con el pelo de este color. Resulta también bastante común encontrar comentarios peyorativos acerca de personalidades de pelo rojo. Vid., por ejemplo, a Wirnt von Gravenberg acerca de Hoyer von Mansfeld: «im was der bart und das har/beidiu rot und viuvar./ von denselben höre ich sagen/daz si valschiu herze tragen/des glouben han ich niht» (su barba y su pelo/eran ambas ardientemente rojas/de éstas he oído decir/que indican un corazón engañoso/pero yo no puedo creerlo) *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, (1987) Bd. 3. Freen-Hexenschuss, Berlin: de Gruyter, pp. 1250 y ss.

<sup>10</sup> *Ruodlieb* (1977), cap. V, vv. 500 y s. Clara alusión a la virtud de la obediencia y de la humildad. El vasallaje obligaba al caballero, según la norma cortesana, a aceptar cualquier orden de su señor, aunque ésta pareciese injusta o poco apropiada. Cualquier oposición es severamente castigada. (Vid. PARRA MEMBRIVES, EVA (1998), «El viaje como alegoría de la muerte. Visita a los Infiernos de un caballero medieval: *Herzog Ernst*.», *Revista de Filología Alemana*, 6) La humildad, por otra parte, es, según Bumke, una de las virtudes principales del caballero: «Unter den religiösen Rittertugenden nahm die Demut den ersten Platz ein» («Entre las virtudes caballerescas religiosas la humildad ocupaba el primer lugar») BUMKE, JOACHIM (1987), *Höfische Kultur, Literatur und Gesellschaft im hohen Mittelalter, Band 2*, München, dtv, p. 417.

<sup>11</sup> *Ruodlieb* (1977), cap. V, 511 y ss. La fuerte religiosidad del caballero es subrayada constantemente en la épica cortesano-caballerescas y puede considerarse una de las virtudes más importantes. Ya en el proceso de ordenación la preparación espiritual ocupaba un lugar central, siendo necesario para el aspirante pasar la víspera a su ingreso en el estado de caballero rezando en solitario en una capilla. Vid. ARENTZEN, Jörg; RUBERG, UWE (1987), *Die Ritteridee in der deutschen Literatur*

más, indicaciones como pudieran ser quizá respetar a los parientes<sup>12</sup>, servir de apoyo a viudas y huérfanos<sup>13</sup> y socorrer a los necesitados<sup>14</sup>, tan fundamentales por lo usual en la literatura caballeresca para todo caballero cortesano que se precie. En esta obra en concreto sin embargo, parece ser que, tal como lo presenta el monarca, si en especial se mantiene alerta cuando coincida con algún pelirrojo, Ruodlieb ya contará con la protección suficiente como para medrar en el difícil entorno cortesano.

Curiosamente, en efecto, en cuanto Ruodlieb emprende la marcha se cruzará en su camino en primer lugar un personaje de pelo rojo. La prioridad que el monarca le asigna a su consejo se halla justificada de este modo en cuanto que será ésta la máxima de la que Ruodlieb necesitará servirse en primer lugar, pero, evidentemente, el señor africano no podía prever cuál iba a ser el futuro más inmediato de su protegido cuando pronunció la advertencia. La extrañeza que provoca este consejo en particular encontrará sin duda una sencilla expli-

---

*des Mittelalters*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, p. 13. Pero también para el caballero reconocido, la misa forma parte de su rutina diaria. Vid. aquí, por ejemplo, el comentario de Hartmann von Aue en *Erec*: «morgen als ez tagete, / Êrec ûf machte sich. / Sîn êrste vart was ritlerlich: / zuo der kirchen er gie» («Por la mañana, cuando amanecía, / Erec se ponía en camino. / Su primer camino era caballeresco: / se dirigía a la Iglesia») HARTMANN VON AUE (1972), *Erec*, FRANKFURT: FISCHER, vv. 2487-2489

<sup>12</sup> La ausencia de un consejo de tales inclinaciones sorprende, pues, como es sabido, casi toda la sociedad que se presenta en el mundo cortesano-caballeresco, particularmente el centrado en el rey Arturo, está compuesta por héroes emparentados de alguna manera, convirtiéndose el elemento familiar en uno de los motivos tratados con mayor detenimiento en estas obras. Particularmente evidente resulta esto en la novela *Parzival*, donde la mayor parte del más de centenar de personajes que allí aparecen pertenecen a la misma familia. (Vid. WOLFRAM VON ESCHENBACH (1981), *Parzival*, Stuttgart: Reclam) Aunque ciertamente el parentesco observado en la mayoría de los personajes de esta última obra es una de las más importantes innovaciones del autor alemán, Wolfram von Eschenbach, y no se daba en la versión francesa de Chretien de Troyes ( Vid. BERTAU, KARL (1983), *Wolfram von Eschenbach. Neun Versuche über Subjektivität und Ursprünglichkeit in der Geschichte*, München: Beck, p. 190 y ss), la ausencia de amonestaciones hacia la lealtad familiar en *Ruodlieb* ha de resultar igualmente sorprendente, aunque se trate de un texto cronológicamente anterior a *Parzival*, pues el interés por lo familiar de Wolfram no es más que la consecuencia de la influencia recibida por el autor por parte de textos de origen germánico, donde la fidelidad a la *sippe* se convertía en una cuestión fundamental. (Vid. DELABAR, WALTER (1990), *Erkantiu Sippe unt Hoch Gesellschaft. Studien zur Funktion des Verwandtschaftsverbandes in Wolframs von Eschenbachs 'Parzival'*, Göppingen: Kümmerle) Acerca de la obediencia a la familia en un contexto germánico, vid. por ejemplo, el poema épico *Kudrun*. Acerca de la fidelidad a la familia, vid. WEDDIGE, HILKERT (1987), *Einführung in die germanistische Mediävistik*, München: Beck, p. 215

<sup>13</sup> Y ello a pesar de que la protección a viudas y huérfanos forma prácticamente parte de la definición más clásica de «caballero». (Vid., entre otros, a BUMKE, Joachim (1987), p. 385; WEDDIGE, HILKERT (1987), p. 171)

<sup>14</sup> WEDDIGE, HILKERT (1987), p. 171

cación justificativa si se contempla simplemente como una leve imperfección estilística del autor del relato. Éste, consciente del orden que van a llevar los acontecimientos futuros en el marco de su narración, acomoda las recomendaciones efectuadas por el rey en la primera parte de la novela de manera paralela, sobrecargando lo menos posible la memoria del lector y facilitándole las asociaciones entre el comportamiento que ha de considerarse adecuado para *Ruodlieb* en cada momento y aquél que finalmente llega a observar el personaje. Como *Ruodlieb* se enfrentará en su trayecto en primer lugar a un pelirrojo, el consejo que advierte acerca de los pelirrojos será asimismo el primero, y el lector podrá juzgar de este modo con mayor comodidad si *Ruodlieb* ha cumplido o no con la norma y si acepta de buen grado el consejo de un superior. El orden de las advertencias monárquicas no hace así referencia en realidad a la importancia, a lo esencial, de sus contenidos, sino a la prontitud de la necesidad de su aplicación. Queda confirmada esta hipótesis al comprobar cómo la oportunidad de utilizar los consejos que van a aparecer en segundo y tercer lugar respectivamente en el discurso del rey le surgirá a *Ruodlieb*, en efecto, cronológicamente en ese mismo orden en su posterior itinerario <sup>15</sup>.

Esto significa entonces que, cuando el desconocido autor del relato refiere las sabias advertencias del monarca africano, no pretende en ningún momento que éstas sirvan de modelo para posibles lectores del relato, es decir, no se trata en realidad de consejos de carácter universal, tan propios de las novelas cortesano —caballerescas alemanas, sino más bien específicos para lo que serán las dificultades vitales de este único héroe en concreto, el caballero *Ruodlieb*. De este modo, eliminando el carácter universal de las advertencias, se explica tanto la presencia aquí de unos consejos habitualmente ignorados en las novelas cortesano— caballerescas <sup>16</sup>, como la ausencia de otros que debe-

---

<sup>15</sup> Se trata de los consejos de no apartarse del camino, aunque se hallase en mal estado, para caminar entre la cosecha (*Ruodlieb* (1977), cap. V, v. 457, con aplicación en cap. V, v. 620) y el de no alojarse en posada donde un viejo estuviere casado con una hermosa joven, sino más bien donde un agraciado muchacho tuviese una esposa vieja. *Ruodlieb* (1977), cap. V, v. 461, con aplicación en cap. VI, vv. 9 y ss.

<sup>16</sup> Algunos de ellos parecen más bien adecuados para un granjero, como por ejemplo, no prestarle al vecino una yegua que se halle a punto de parir. Sorprende también por ejemplo cuando el rey indica que jamás deberá casarse sin recabar el consejo de su madre. (*Ruodlieb* (1977), cap. V, vv. 468-471 y vv. 484-487 respectivamente) Consejo único en la literatura medieval alemana, generalmente, el rey casadero que busca una mujer adecuada busca ayuda entre sus más prestigiosos caballeros sin que la figura materna ocupe aquí un papel relevante. Vid., por ejemplo, la escenas del cortejo del joven Hettel de Hegelingen en *Kudrun*, donde es un valiente caballero el que le sugiere la mujer idónea: «Da rieten ihm die Besten, daß er auf Minne sann, / Die seinem Stand geziemte. Der Degen sprach sodann: / 'Ich weiß mir nirgend eine, die zu Hegelingen / Mit Ehren Herrin wäre, und die man in das Haus mir dürfte bringen.' / Da sprach von Niflanden Morung, der junge

rían ser considerados fundamentales <sup>17</sup>. Pero, sin embargo, todo ello contribuirá a crear una mayor confusión aún en el lector con respecto al pelirrojo de esta obra, pues a partir de ahí se planteará la cuestión de si figura el controvertido primer consejo en este lugar destacado en el discurso del monarca africano porque el autor es consciente de que Ruodlieb va a encontrarse con un ser de estas características que podría llegar a serle perjudicial si no está convenientemente alerta, o porque son, en verdad, los pelirrojos despreciables en general.

Aunque se ha constatado antes que la tesis de la singularidad del consejo se confirma en el relato, no debiéndose explicar el desagrado hacia los pelirrojos como parecer habitual en territorios africanos y mucho menos en sus mandatarios, es del todo evidente que el autor del texto siente, por motivos que no quedan explicados en suficiencia, una especialmente marcada aversión por los pelirrojos, que le lleva a no darle ninguna oportunidad al personaje que aparece en el relato. El odio manifiesto queda, además de por las causas ya referidas, en especial probado por la denominación, evidentemente, genérica, que emplea el autor cuando este pelirrojo en particular hace acto de aparición en el relato. En ese momento, el narrador introduce a su personaje indicando simplemente «*Als er (Ruodlieb) sich bereits seiner Heimat zu nähern begann, sah ihn ein Rotkopf und schloss sich ihm eilends an*» <sup>18</sup>. Obsérvese cómo en esta primera aparición material en el texto del pelirrojo destaca la total ausencia de rasgos personalizados. Este Rotkopf en particular no se distingue en nada de cualquier otro, dado que se desconoce cualquier aspecto que lo defina co-

---

Mann: / 'Ich weiß eine Fraue, mir wurde kund getan'» (Allí le aconsejaron los mejores, que pensara en el Amor / que le fuese apropiado a su estado. El héroe habló entonces: / 'No conozco mujer alguna en ninguna parte, que en Hegelingen / fuese reina con honor, y que en mi casa podría recibir' / Entonces habló de Niflanden Morung, el joven: / 'Sé de una mujer, he tenido noticia.' «*B Kudrun* (1986), Stuttgart: Reclam, p. 53 y s. De modo muy similar sucede en la obra juglaresca *König Rother*: «*Es sprach Rother der Herr: / Nun weiß ich doch in aller Welt / Keine in allen Landen / Die mir so wohl behage, / Die Euch so wohl gefälle / Daß ihr der Fürstin huldigt alle. <...> / Die Degen theuer und tapfer / Die gingen nun zusammen / Die weisen alt Herren, / Die pflegen großer Ehren / Und aller Zucht auch fein, / Die nannten ein Mägdelein*» («Y habló Rother, el señor: / Sin embargo no sé de ninguna mujer en el mundo / en todas las tierras / que me placiera tanto / y que a vosotros os guste / de modo que la honreis como princesa. <...> / Los héroes buenos y valientes / se unieron entonces / y los sabios ancianos señores / que se ocupaban de grandes honores / y también de fina crianza / le nombraron una doncellita») MEVES, UWE (1979), *Alt=Deutsche (sic) Epische Gedichte. Großentheils zum erstenmahl aus Handschriften bekannt gemacht und bearbeitet von Ludwig Tieck. I. KÖNIG ROTHER*, Göttingen: Kümmerle, vv. 23-46. De hecho, como indica Weddige, precisamente constituía una de las obligaciones de los caballeros nobles vasallos de algún rey el otorgar consejo en asuntos matrimoniales. Vid. WEDDIGE, HILKERT (1987), p. 215

<sup>17</sup> Ya ha sido mencionada la protección a viudas y huérfanos y el sustento de los indigentes.

<sup>18</sup> «Cuando él (Ruodlieb) comenzaba ya a acercarse a su patria le vio un pelirrojo y se le unió rápidamente» *Ruodlieb* (1977), cap. V, vv. 585 y s.

mo ser individual. El autor no ofrece información alguna sobre datos definitorios que pudieran llegar a individualizarlo como quizá su edad, algunas facetas de su carácter, cualquier detalle acerca de su apariencia física que vaya más allá de su cabello, o, algo cuya ausencia extraña sobremanera en un relato cortesano-caballeresco, la clase social en la que ha de insertarse, pues este *Rotkopf*, por lo que se sabe de él, lo mismo podría ser un campesino que un caballero<sup>19</sup>. El evidente anonimato de este personaje impide así en principio incluso insertarlo en una u otra clase social. Intercambiable este ser por cualquier otro de su mismo color de pelo, la pertenencia a determinado estamento parece irrelevante. Un *Rotkopf* ha de ser considerado así casi como asocial, como no perteneciente a ningún sistema, y únicamente en su cabello lleva la marca inconfundible de este ineludible aislamiento.

Hay que ser conscientes aquí de la gravedad que conllevaría, para él mismo, una generalización en el caso de este personaje, si se tratase de un ser que elige la comisión de actos criminales por propia voluntad, tal como parece sugerir en todo momento el autor. Cuando se produce cualquier acto criminal, el sistema se encuentra evidentemente ante un ataque consciente a sus normas. El rebelde personaje que comete el delito se halla sin duda capacitado para cumplir las reglas exigidas por la comunidad, pero prefiere rechazarlas y decididamente desea y provoca un enfrentamiento, por causas que no se analizarán en este momento. Al decidir apartarse de las reglas establecidas, este anormal —anormal en el sentido de no normativo, no de poco habitual— personaje deberá ser comprendido en el fondo como un ser individualista que pretende imponer unas nuevas normas de validez particular que considera quizá más adecuadas a su fortísima individualidad. Y si el personaje desea manifestar una inclinación decidida por la independencia en un mundo que tiende hacia lo comunitario, qué mayor castigo puede en realidad considerar el autor del relato que describir a su personaje —casi paradójicamente, en realidad— como prototipo, englobándolo de esta manera cruel en un grupo informe y desdotándolo precisamente de esa individualidad que se supone tan perseguida y anhelada. El pelirrojo de *Ruodlieb*, aún antes de actuar, se ve así condenado a que su comportamiento jamás sea reflejado y explicado por su creador como producto de unas pautas de conducta interiores, individuales y propias, sino como paradigma de esos otros seres que coinciden con él en un color de pelo algo especial, y que por ello tampoco pueden aspirar a anhelos, ambiciones y razonamientos independientes. Llama la atención aquí que, aunque el

---

<sup>19</sup> Que debe tratarse de un caballero se deduce algo más adelante, cuando el mismo *Rotkopf* busca testigos que confirmen su linaje. *Ruodlieb* (1977), cap. VIII, vv. 122-124

autor condena a su personaje por poseer un pelo de color inadecuado, le hará únicamente a él mismo responsable de su maldad, y no tal vez a una instancia superior que, al dotarle de tal cabello, lo condenara a la perversión <sup>20</sup>.

Relevante será asimismo la significativa ausencia de un nombre social para el personaje. Fenómeno éste bastante habitual, es utilizado por los autores cortesanos-caballerescos cuando los personajes —tanto caballeros como damas—, en cuestión han abandonado, incluso sólo transitoriamente, el correcto sendero cortesano cometiendo alguna acción imperfecta. Habiendo transgredido las fronteras del sistema, el destierro ha de ser tan marcado que el personaje sancionado pierde incluso el derecho de llevar un nombre propio, que en el fondo no es más que un apelativo para su uso social. Así, cuando el conocido y en ningún sentido marginal caballero Iwein, por ejemplo, pierde la razón pasajeramente por un grave delito —en el sentido cortesano, en este caso <sup>21</sup>— que ha cometido, y se aleja, como si de una bestia salvaje se tratase, de la civilización, para refugiarse en un autoimpuesto destierro solitario en el bosque, el autor del relato, Hartmann von Aue, decide negarle a su personaje en adelante —y hasta la nueva integración final en la comunidad— su nombre social, esto es, Iwein, aquél por el que se le conocía cuando aún era un caballero de la corte, y se referirá a él durante todo el tiempo que dure este estado demencial como '*der tôte*' <sup>22</sup>, el loco. Incluso cuando recupera de nuevo el sentido, Iwein comienza a hacerse un nuevo nombre social como «el caballero del león», pues, al no haberse ganado aún mediante sus hazañas una plena integración, no es merecedor de utilizar el nombre de Iwein. También héroes indiscutibles como el mismo Ruodlieb, alejado de su hogar sin haber cometido delito alguno a causa de las envidias de la corte, será descrito por su autor como *der Verbannte* <sup>23</sup>, el desterrado, hasta el momento en el que una reintegración a la corte de origen aparece como factible. El nombre social, necesario en un entorno donde los individuos se comunican y distinguen mutuamente, le es negado a los que han sido rechazados por la comunidad. Sin embargo, en el caso del pelirrojo cualquier denominación social se le niega incluso antes aún de que sus atentados contra el sistema

<sup>20</sup> Aunque comúnmente se creía que el ser humano era elegido por Dios para la gloria, al Rotkopf, sin embargo, su color de pelo parece condenarle desde su nacimiento al Infierno.

<sup>21</sup> Y que no ha de compararse con la criminalidad en el sentido en el que se está utilizando con *der Rotkopf*. El 'crimen' de Iwein es más bien una falta a las buenas costumbres y un atentado a la no escrita norma cortesano-caballeresca: El joven caballero había abandonado, durante un tiempo más extenso de lo convenido, a su bella esposa, dejándola con ello a merced de ataques de posibles advenedizos.

<sup>22</sup> HARTMANN VON AUE (1981), *Iwein*, Berlin: De Gruyter, v. 3260, 3268, 3294 y s.

<sup>23</sup> *Ruodlieb* (1977), cap. V, v. 448

cortesano-caballeresco se produzcan, como si con ello el autor quisiera indicar que resulta del todo superfluo en los pelirrojos, de entrada condenados así al delito por un destino superior.

Evidentemente, todo lo referido hasta el momento ha de llevar a que, en cuanto el pelirrojo haga acto de aparición en el relato, el lector ni siquiera se plantee una evaluación de los movimientos del personaje, al que ya ha etiquetado como marginal. Este prejuicio es igualmente válido para el caballero Ruodlieb, pues, aunque cuando der Rotkopf, cuya culpa principal consiste inicialmente en estar dotado de un cabello de color inadecuado, se cruza en su camino no puede decirse que se comporte de manera desacertada, la actitud de Ruodlieb, fuertemente influida tanto por los consejos del monarca como por la marcada aversión del autor, es manifiestamente hostil:

«Als er sich bereits seiner Heimat zu nähern begann, sah ihn ein Rotkopf und schloss sich ihm eilends an. Nachdem er ihm gegrüsst hatte, fragte er ihn, woher er käme, wohin er gehen wollte und ob er sein Gefährte sein könnte. Voll tiefer Verachtung, doch klug antwortete ihm dieser: «Dies ist ein öffentlicher Weg, ihr könnt gehen, wohin ihr wollt.»<sup>24</sup>

Obsérvese aquí cómo ni siquiera a ojos del exigente entorno cortesano la actuación del pelirrojo ha de considerarse censurable, pues educadamente pregunta si su compañía resulta o no molesta. La inmoderada reacción de Ruodlieb, que recibe «*Voll tiefer Verachtung*», lleno de profundo desprecio, a un compañero de camino sobre cuyo comportamiento en principio no puede objetarse nada, parecería así —si el lector no recordara las advertencias del monarca africano— mayor delito, pues atenta contra la virtud de la *affabilitas*<sup>25</sup> — que la indiscutiblemente amable solicitud del pelirrojo. Ni siquiera una posible interrupción por parte del pelirrojo del ensimismamiento de Ruodlieb, que desea avanzar rápidamente en su

---

<sup>24</sup> Ruodlieb (1977), cap. V, vv. 585 y ss. «Cuando comenzaba a acercarse ya a su patria, le vio un pelirrojo y se le unió con celeridad. Tras haberle saludado le preguntó de dónde venía, hacia dónde se dirigía y si podía ser su compañero de viaje. Lleno de profundo desprecio, pero inteligentemente, le contestó aquél: 'Este es un camino público. Podéis ir a donde queráis' »

<sup>25</sup> Se trata de una de las virtudes cardinales, contemplada ya por los latinos. Schmid cita el siguiente poema: «In privato sobrietatis / in publico hylaritas, / in extraneis affabilitas, / inter socios et amicos benignitas, / in infortunio iocunda liberalitas, / inter adulantes et ingratos discreta dapsilitas, / inter prospera et adversa modesta animi stabilitas». Schmid, Paul Gerhard (1990), «Curia und Curialitas. Wort und Bedeutung im Spiegel der lateinischen Quellen», en: *Curialitas: op. cit.*, pp. 15-26, aquí p. 17. Es evidente que Ruodlieb no observa aquí ningún tipo de *affabilitas in extraneis*.

trayecto, llega a justificar un recibimiento tan visceral cuando el mayor delito del pelirrojo lo constituye en este momento el ser un poco curioso.

Aunque este personaje observará posteriormente comportamientos criminales, en el momento de su aparición en el relato sin embargo su inocencia es plena, y ya ha sido condenado como marginal y culpable por parte de Ruodlieb, el protagonista, quien claramente le desprecia. Los versos que siguen a los antes mencionados, además, no revelan ninguna infracción evidente al sistema por parte del pelirrojo, que simplemente hace gala de una locuacidad algo molesta, pero en ningún caso lo suficiente como para resultar deshonrosa. Naturalmente, es evidente que el pelirrojo no puede menos que advertir el profundo desagrado que su presencia despierta —algo que en realidad debería resultar inexplicable para él en su inocencia— en Ruodlieb. No sólo el encuentro ha sido desabrido, además, como el autor narra a continuación, los muchos intentos de conversación del pelirrojo fracasan lastimosamente, pues no recibe en ningún momento respuesta de su casual acompañante, como si Ruodlieb deseara dejar patente que la presencia del pelirrojo a su lado es tolerada, más en ningún caso deseada.

Será al seguir sin producirse modificación alguna en la actitud desdefiosa de Ruodlieb una vez avanzado el día, cuando por primera vez el autor hace referencia a un pensamiento poco ético del pelirrojo, en concreto, una intención de robo. Sofocado por el calor, Ruodlieb se desprende de su abrigo y lo fija en la silla de su caballo y el pelirrojo comienza a urdir un plan para apropiarse del gabán, lo que finalmente, y sin demasiado esfuerzo por su parte, consigue. Naturalmente, a ojos de la sociedad medieval, esto ha de considerarse un crimen doble, pues no sólo es punible el robo en sí, sino que, además, cuenta con el agravante de que ha sido perpetrado contra un compañero de viaje, cuando precisamente la mutua compañía buscada por los viajeros se debía a un intento de buscar protección ante ataques de bandidos. El pelirrojo, además de ladrón, resulta así hipócrita y engañoso <sup>26</sup>, pues al ofrecer su compañía hubiera propor-

---

<sup>26</sup> Aparentar lo que no se es se tiene, por lo usual, como uno de los mayores delitos posibles en el entorno cortesano y pueden hallarse ejemplos muy numerosos de personajes cuya imagen pública ha quedado debido a ello (casi) irremediabilmente dañada. (Vid., en este contexto, el ataque público de la doncella Lunete al caballero Iwein en HARTMANN VON AUE (1981), *Iwein*, vv. 3180 y ss.) Pero llama la atención que precisamente Ruodlieb se caracterizará a lo largo de la obra por su tolerancia en este sentido. Así, cuando llega el momento de contraer matrimonio, el caballero descubre casualmente que la joven que le había sido propuesta como esposa es, en realidad, en secreto, amante de un clérigo. En vez de condenarla y revelar públicamente su falta, sin embargo, Ruodlieb observa tal comportamiento con la muchacha, que será ella quien renuncie de manera voluntaria a la boda. Con ello, el caballero habrá salvado el honor público de la dama engañosa y, además, le ofrecerá la posibilidad de continuar con su grave hipocresía. *Ruodlieb* (1977), cap. XVII, vv. 79-82

cionado una falsa seguridad a un Ruodlieb desprevenido. Afortunadamente, éste se halla ya advertido por el monarca africano.

Sin embargo, en éste que será el primero de varios delitos sorprenderá la actitud subsiguiente del pelirrojo. Es evidente que el autor desea hacer creer que se trata de un personaje dotado de una gran astucia, de la que se sirve para sus fines criminales. Sin embargo, cuando desaparece el abrigo de Ruodlieb, circunstancia que el caballero parece no advertir, pues no hace ningún comentario al respecto, *der Rotkopf* se encarga de facilitarle esta información a su víctima, momento que el autor describe de la siguiente manera:

«<...> dann lief er [Rotkopf] zu jenem [Ruodlieb] und sagte in kriecherischem Tone: «Habe ich nicht, mein Guter, zuvor gesehen, daß du einen Mantel auf dem Sattel hattest? Ich staune, daß ich ihn nicht mehr sehe?»<sup>27</sup>.

Con el «*kriecherischen Tone*», el tono adulator, el autor parece sugerir que el pelirrojo desea congraciarse con Ruodlieb, manteniendo esa falsa seguridad que tanto le condena, cuando señala la ausencia del abrigo. Sin embargo, en realidad parece que el pelirrojo, ladino y engañoso, o hace gala de una notable falta de inteligencia, o le gusta vivir peligrosamente, pues para su seguridad y supervivencia hubiese sido mucho más provechoso dejar a Ruodlieb en la ignorancia y separarse de él a la primera oportunidad. Otra explicación más razonable puede hallarse para este comportamiento audaz si se analiza al *Rotkopf* no como un personaje marginal, tal como lo presenta el autor del texto, sino como el ser perfectamente dentro de la norma que ha sido hasta el momento. Así, puede verse cómo este personaje, a quien Ruodlieb le parece agradar como compañero de viaje, desea compartir su camino en animosa charla, siendo sin embargo apartado con un profundo desprecio inmerecido. Sus continuos intentos hacia un acercamiento amistoso fracasan lastimosamente. Sólo cuando, tras haber pasado todo el día al lado de Ruodlieb sin haber oído una sola palabra de los labios de éste, toma consciencia de la inutilidad de sus esfuerzos, decide sustraer el manto de su compañero. Tanto el robo, como la posterior advertencia de la desaparición de éste parecen así más bien una provocación, un intento de que, finalmente, Ruodlieb abandone esa imperturbabilidad distante y tome consciencia de la existencia del pelirrojo, aunque fuese, si ello supone la única posibilidad,

---

<sup>27</sup> *Ruodlieb* (1977), cap. V, vv. 603-605 «Entonces él [el pelirrojo] corrió hacia aquél [Ruodlieb] y le dijo en un tono adulator: '¿No he visto antes, amigo mío, que llevabas un abrigo sobre la silla? ¿Me sorprende de no verlo ahora?'»

en un plano negativo. El delito sería así el único modo del pelirrojo para hacerse notar, para provocar algún tipo de reacción en su acompañante casual, una vez que todos los intentos amistosos hubieron fracasado.

Queda subrayada esta última idea a la vista del inexplicable apego que el Rotkopf parece sentir por el caballero Ruodlieb, cuya compañía y amistad insiste una y otra vez en buscar, pese a que se le proporcionen de continuo muestras en suficiencia de que cualquier tentativa buscando una intimidad por su parte será infructuosa por lo no deseada. Así, cuando finalmente el pelirrojo es apresado por uno de sus delitos, temeroso de que le espere la pena de muerte, menciona ante sus jueces el nombre de Ruodlieb como el de un compañero para provocar su salvación:

«Ich beschwöre euch, ich habe hier einen Gefährten, laßt diesen erst rufen, ehe ihr fragt, was die Strafe bei diesen Verbrechen sein soll. Jener kann euch reichlich Auskunft geben, aus welchem Geschlecht ich stamme.»<sup>28</sup>

Con el empleo aquí de los vocablos «Gefährten», compañeros, y «reichlich Auskunft», referencias sobradas, el Rotkopf sugiere una amistad, o, al menos, una familiaridad, entre él y Ruodlieb, que, como se ha podido comprobar con anterioridad, es totalmente inexistente. A pesar del desprecio mostrado por Ruodlieb, y, más aún, después del robo del que éste ha sido víctima, el pelirrojo se promete un beneficio de la intervención de un ser que le ha sido marcadamente hostil desde que ambos trabaran conocimiento. La obsesión que parece sentir el pelirrojo por este caballero en particular, cuyo ánimo no logra tornar en su favor, resulta casi patética y sus esperanzas se revelarán como totalmente infructuosas, pues, aunque no se ha conservado el texto que refiere el final del pelirrojo, todo parece indicar que ya sea pese o por la intervención de Ruodlieb, el pelirrojo es condenado a muerte<sup>29</sup>.

---

<sup>28</sup> *Ruodlieb* (1977), Cap. VIII, vv. 122-124. «Os lo suplico, tengo aquí a un compañero, hacedlo llamar, antes de preguntaros cuál debe ser el castigo por estos delitos. Aquél puede daros referencias sobradas sobre el linaje del que procedo.» Probablemente la insistencia del pelirrojo en reclamar para sí un linaje elevado se deba a su temor de ser confundido con viajeros más comunes, como juglares y otros artistas, que carecían completamente de derechos, podían ser atacados y golpeados impunemente, y cuya muerte violenta a manos de ciudadanos asentados en una localidad no era considerada delito. Vid. FAULSTICH, WERNER (1996), pp. 242 y s.

<sup>29</sup> *Ruodlieb* (1977), p. 103. Se echa de menos aquí, curiosamente la benevolencia anunciada por Wapnewski, que considera que en esta obra hay que destacar que se le concede al enemigo ladrón perdón y bondad en lugar del merecido castigo («dem räuberischen Feind Gnade und Güte gönnend statt der verdienten Strafe». WAPNEWSKI, PETER (1980), p. 23 ) Sin discutir ahora si el castigo era o no merecido, es evidente que al Rotkopf no se le ha pagado con bondad y perdón.

Después de producirse la sustracción del abrigo, los crímenes del pelirrojo van creciendo en intensidad. Actuando marcadamente en contra de los consejos realizados por el monarca africano a Ruodlieb, abandona en un momento dado un camino incómodo que dificulta el avance para caminar por entre la cosecha<sup>30</sup>, y, a la llegada a un pequeño poblado, prefiere alojarse en un albergue regentado por un anciano casado con una bella joven, en lugar de elegir, como hará con acierto Ruodlieb, una posada en la que habitan un bello joven desposado con una mujer de mayor edad. En ambos casos, el comportamiento del pelirrojo parece totalmente inapropiado, y más aún, si se le compara con el de Ruodlieb. Pero ha de tenerse en cuenta, sin embargo, que el caballero protagonista cuenta con la inestimable ayuda de los consejos monárquicos, mientras que el pelirrojo carece totalmente de esta información. Habría que preguntarse aquí cuál hubiese sido la actuación de Ruodlieb caso de no hallarse, con anterioridad, convenientemente instruido. El pelirrojo, que cuenta únicamente con su propio juicio, contraviene desde luego los consejos de un rey sabio, sin embargo, se halla materialmente incapacitado para observarlos, pues no los conoce. Sorprende aquí el comportamiento de Ruodlieb, que, aunque podría haber compartido con su compañero de viaje esta sabiduría, resuelve por motivos inextricables no hacerlo. Simplemente, cuando el pelirrojo manifiesta su intención de alojarse con la pareja compuesta por un hombre mayor y una mujer joven, Ruodlieb le advierte críticamente que

«Wenn du mit mir kommen wolltest, würdest du dich vielleicht später darüber freuen. Was ich wollte, habe ich gefunden, aber was du suchst, wirst du haben»<sup>31</sup>

No ha de sorprender que el pelirrojo extraiga un provecho escaso de un consejo formulado de manera tan turbia. Cuán distinto lo había expresado, en su día, a Ruodlieb, el monarca africano:

«Wo du siehst, daß ein Alter eine junge Frau hat, dort ersuche nicht, daß dir auf der Reise Gastfreundschaft gewährt werde; denn unschuldig ziehst du großen Verdacht auf dich. Er fürchtet, sie hofft: das Glücksrad dreht sich bei ihnen so. Wo aber ein junger Mann eine alte Witwe zur Frau hat, dort ersuche um Gastfreundschaft; er fürchtet

---

<sup>30</sup> Como ya se ha indicado en otro lugar, se trata del segundo consejo del monarca.

<sup>31</sup> *Ruodlieb* (1977), cap. VII, vv. 29-30 «Si quisieras venir conmigo, quizá te alegrarás después de ello. Lo que yo quiero, lo he encontrado, pero lo que tú buscas, lo obtendrás.»

dich nicht, sie liebt dich nicht: Dort schläfst du dann frei vom Verdacht in Sicherheit»<sup>32</sup>

Obsérvese el detallismo con el que el monarca africano le refiere a su protegido las posibles consecuencias de uno u otro alojamiento. Del modo en el que ha sido expresada, sería absurdo que el caballero Ruodlieb desoyera la advertencia. Su posible contravención por parte de Ruodlieb sería, sin duda, imperdonable. Pero en el caso del pelirrojo, sin embargo, éste se halla ignorante de las posibles consecuencias que pudiera traer su acción, ya que nadie, desde luego no Ruodlieb, le ha instruido con respecto a ellas. Además, si Ruodlieb no siguiera el consejo del monarca, estaría menospreciando las palabras de un superior, conocido por su sabiduría; el pelirrojo sin embargo considera a Ruodlieb como un igual, un compañero de viaje, cuyos pareceres pueden ser tan acertados o erróneos como los suyos propios.

El casi amenazante «lo que tú buscas, lo hallarás» proferido por el caballero Ruodlieb parece así totalmente fuera de lugar en este contexto en particular, pues el pelirrojo no se halla lo suficientemente advertido de las posibles consecuencias de su acto. Aunque el pelirrojo cometa aquí un error de juicio, su falta no es, de momento, lo suficientemente grave como para merecer un severo correctivo. Se trata aquí, además, de un delito que atenta quizá contra la norma cortesano-caballeresca, pero no —al menos aún no—contra las leyes sociales más generales. La perdición del Rotkopf que comienza a vislumbrarse ya tras las palabras proféticas de Ruodlieb no debería ser así, por todas las causas mencionadas, inevitable, sobre todo, porque con relativa frecuencia pueden constatarse en los textos épicos medievales cómo el sistema cortesano-caballeresco tolera errores —incluso de cierta gravedad—, cometidos por aquéllos que desconocen con exactitud las consecuencias de su desatinada acción<sup>33</sup>. Pero, ciertamente, se trata siempre de personajes a los que ama, no a los que ha negado, desde el inicio ya, sus simpatías.

<sup>32</sup> *Ruodlieb* (1977), cap. V, vv 461 y ss. «Donde veas, que un viejo tiene una mujer joven, allí no busques que se te conceda hospitalidad en el viaje, porque, siendo inocente, recaerán sobre ti grandes sospechas. Él teme, ella espera: la rueda de la fortuna se mueve así entre ellos. Pero donde un hombre joven tiene a una viuda vieja por esposa, allí busca hospitalidad, él no te teme, ella no te ama: allí dormirás seguro, libre de toda sospecha.»

<sup>33</sup> Y delitos mucho más graves aún que el del pelirrojo. Vid., al respecto, el trato que le dispensa el joven e inexperto Parzival a la bella Jeschute, a la que hará perder su honor social con su desacertado comportamiento. (WOLFRAM VON ESCHENBACH (1989), *Parzival*, Band 1, Stuttgart: Reclam, p. 226) Bien es cierto, sin embargo, que al ignorante Parzival no se le perdona la omisión de la pregunta liberadora en la corte del Grial.

El monarca africano había previsto toda serie de dificultades para quien se alojara en una posada regentada por un anciano y una mujer joven, anunciando las sospechas de uno y las esperanzas de la otra, incluso en el caso de que el huésped transitorio no albergase ningún tipo de pensamientos pecaminosos. Sólo con su desafortunada elección del lugar de cobijo, el pelirrojo se habría expuesto ya a un peligro de cierta gravedad, mas, en su caso particular la inocencia, naturalmente, se halla del todo ausente, pues el personaje ya tenía en mente un posible adulterio <sup>34</sup>, idea que en realidad contribuye a crear en él un vecino del pueblo, que le indica que la dueña de la posada es una mujer deseable, que desprecia a su marido, y, por lo tanto, «*Da sie ihn verachtet, achtet sie es für nichts, ihn häufig schamlos mit ihren dummen Liebhabern zu betrügen*» <sup>35</sup>. El relato del vecino parece sugerir que en la posada en cuestión se comete adulterio de continuo y de manera impune. El pelirrojo no pretende más que ser otro de esos amantes de la joven, aunque quizá algo menos estúpido que los demás.

Pero aquí, de nuevo, sorprenden sobremanera los acontecimientos que tienen lugar en la posada. En primer lugar, en cuanto der Rotkopf llega a ella, busca el consentimiento de la esposa para hacerse pasar por su primo, y así evitar las sospechas del marido. Precaución que debiera parecer inútil, pues, como el mismo pelirrojo sabe, la dueña de la posada hasta ahora ha podido consumir sus relaciones extramatrimoniales sin ninguna dificultad y sin que sus amantes, calificados de «estúpidos», la auxiliara en la estrategia a seguir. Es evidente que aquí el autor quiere añadir un matiz de mayor gravedad a los lujuriosos deseos del pelirrojo, para contrarrestar en lo posible la predisposición tan favorable de la posadera <sup>36</sup>. Así, el pelirrojo no se contenta con consumir una infidelidad

---

<sup>34</sup> Un crimen de tipo sexual es casi imprescindible en un personaje al que se pretende llevar hacia la marginación. Obsérvese cómo Ganz menciona una acepción del vocablo 'Hövesch', cortesano, que precisamente incluye como antónimo 'corporal, carnal': «*dem hofe gemäß, fein gebildet und gesittet, das Gegenheil von roh, gemein, gefühllos, körperlich*» («de acorde con la corte, finalmente educado y de costumbres, lo contrario de rudo, vulgar, insensible y corporal, carnal» GANZ, PETER (1990), «'hövesch / Hövescheit' mi Mittelhochdeutschen», en: *Curialitas*, op. cit., pp. 39-54, aquí p. 40) Es evidente aquí que el pelirrojo atenta constantemente contra todas las normas cortesanas y que se adapta a la perfección a la imagen contraria, es decir, se trata de un ser rudo, vulgar e insensible, y no podía faltar entonces aquí algún aspecto que hiciera referencia a lo carnal. Sin embargo, pese a la fuerte condena que aparece en los textos literarios, los excesos sexuales formaban parte de la cotidianidad cortesana, tal como confirma Rösener. Vid. RÖSENER, WERNER (1990), «Die höfische Frau im Hochmittelalter», op. cit., p. 205

<sup>35</sup> «Dado que lo desprecia, le parece una insignificancia engañarlo a menudo desvergonzadamente con sus estúpidos amantes» *Ruodlieb* (1977), cap. VI, vv 122-23

<sup>36</sup> Es imprescindible reforzar de alguna manera la culpabilidad del pelirrojo, pues, debido a que la creencia común en la Edad Media de que siempre era la mujer quien provocaba deseos

matrimonial, sino que incrementa su culpa sumiendo al propietario de la posada en una falsa seguridad presumiendo de un asimismo falso parentesco. Al adulterio hay que añadir de este modo el engaño, el abuso de la hospitalidad y confianza del posadero, y si el adulterio es uno de los crímenes sociales más graves en la Edad Media, como se ha indicado ya en el pasaje del robo del abrigo, la hipocresía constituye uno de los delitos cortesanos más despreciables.

No obstante, tanto el abuso de confianza como el mal uso de la hospitalidad no es en los textos cortesano-caballerescos prerrogativa única del pelirrojo. Héroes tan insignes como Hugue Scheppel o Engelhard son famosos, entre otras cosas, por sus artes de seducción, consiguiendo ambos consumir sus deseos sexuales con jóvenes e inocentes doncellas precisamente valiéndose de la confianza que en ellos habían depositado los progenitores de éstas<sup>37</sup>. Y para estos jóvenes engañosos no sólo no se vislumbra en ningún momento la posibilidad de una marginación social, sino que los autores respectivos incluso alaban el ardoroso comportamiento de ambos, que atribuyen a una capacidad de amor inconmensurable. De nuevo el sistema parece proteger —ayudando incluso con una sonrisa de complicidad— de manera inexplicable a aquéllos a los que ama, mientras que subraya la condena de los que rechaza, aun cuando ambos cometen las mismas acciones.

En la obra *Ruodlieb*, además de, como se ha visto, innecesaria, la hábil estrategia del pelirrojo, que se hace pasar por primo de la posadera para ganarse la confianza de su marido, parece incongruente. Sobre todo, porque desde el inicio de sus pecaminosas relaciones, el pelirrojo no aprovecha las posibilidades que su falso parentesco le brinda. En vez de continuar así con una actitud engañosa, haciendo dudar al celoso marido de que sus intenciones fuesen reprobables, el Rotkopf, más que temerario, inconsciente, se dedica a manosear de manera lujuriosa a la bella joven en presencia misma del marido, destruyendo con este comportamiento tan impropio de un primo un perfecto disfraz. Difícilmente podrá pensarse aquí que el pelirrojo se halla poseído por una necesidad demasiado acuciante y es incapaz de mantener su engaño. Y, de

---

sexuales en el varón, por naturaleza desprovisto de tales ansias (KARNEIN, ALFRED (1989), «Wie Feuer und Holz. Aspekte der Ausgrenzung von Frauen beim Thema Liebe im 13. Jahrhundert», en: *Zeitschrift für Literaturwissenschaft und Linguistik* 74, pp. 93-115, aquí p. 109), de otro modo der Rotkopf aparecería como simple víctima de una adúltera reincidente.

<sup>37</sup> En Hugue Scheppel esta situación se repite, al menos, doce veces, pues tal es el número de hijos bastardos que declara poseer. (Vid. ELISABETH VON NASSAU-SAARBRÜCKEN (1905), *Hugue Scheppel*, Hamburg: Lucas Gräfe). Más grave es la situación en Engelhard, pues el joven, descubierto en actitud culpable con la hija de su protector, el rey de Dinamarca, insiste en proclamar su inocencia y está dispuesto a someterse a un juicio de Dios, añadiendo así al delito primero también la falsedad y la blasfemia. (Vid. Konrad von WÜRZBURG (1982), *Engelhard*, Tübingen: Niemeyer)

no ser esta disparatada actitud causada por una inmensa estupidez, sólo una única lectura puede dársele a un comportamiento tan desafortunado: de nuevo, al igual que ocurriera en el momento en el que el pelirrojo robara a Ruodlieb, tiene lugar una clara provocación. Hasta ahora, los múltiples amantes de la posadera no han sido descubiertos por el marido, de modo que ésta ha podido continuar realizando de manera impune su actividad adúltera. El pelirrojo sin embargo parece que desea que se advierta su delito, incluso insiste en señalar su falta a un marido hasta entonces ciego para los excesos de su esposa. Cabría preguntarse con qué fin observa el pelirrojo esta actitud tan suicida, pues, precisamente, lo que consigue es acelerar su trágico destino. El anciano, de avanzada edad, pero, evidentemente, no del todo necio, y mucho menos aún conforme, ataca lleno de celos a su rival y le golpea con saña. De este modo se desencadenará el que será el último y más grave de los delitos sociales del pelirrojo, pues en la lucha desigual que sigue a continuación morirá accidentalmente al viejo, añadiendo con ello el pelirrojo al delito de adulterio también el de asesinato <sup>38</sup>.

Ciertamente, ahora los cargos son graves, y, a ojos del lector, se confirma el sabio consejo del monarca africano, que señalaba la imposibilidad de que un pelirrojo cualquiera pudiese reportarle algún beneficio a quien se relacionara con él. Pero incluso aquí, en este crimen final, el pelirrojo vuelve a sorprender por su extraña actitud. En lugar de, como cabría quizá esperar en un forastero de mal talante que comete un delito tan grave, huir y ponerse a salvo, *der Rotkopf* parece permanecer tranquilamente en la posada, es decir, en el lugar del delito, e, incluso, acude de manera voluntaria —y casi desafiante— ante el juez que instruye el caso cuando éste reclama su presencia.

En realidad, si el pelirrojo sigue aún en el pequeño poblado, ello se debe a que aquí de nuevo el autor del texto quiere aportar algunos matices particularmente negativos al crimen del pelirrojo. No satisfecho con haber presentado una muerte violenta de la que éste personaje es culpable, el narrador desea subrayar los rasgos negativos del carácter del pelirrojo. Insolente, arrogante, se atreve a reír alegremente en presencia del juez cuando es interrogado. Intenta mantener un engaño que en este momento a todas luces ya no resulta creíble y justifica su crimen con la autodefensa: «*Die Vorderzähne hatte er mir ausgeschlagen, aus keinem Grund als dem, daß ich neben meiner Cousine saß*» <sup>39</sup>, le dirá al juez, para desdecirse inmediatamente a continuación y señalar a su

---

<sup>38</sup> A pesar de que el mismo autor insiste, en que la muerte del viejo no fue premeditada y se produjo como consecuencia de un violento ataque de éste al pelirrojo.

<sup>39</sup> «Me había hecho saltar los dientes delanteros por ningún otro motivo que el de haberme sentado al lado de mi prima» *Ruodlieb* (1977), cap. VIII, vv. 26-27.

ocasional compañera de lecho como culpable principal e instigadora del delito. Las contradictorias declaraciones no son, y el autor lo deja muy claro, ni producto del nerviosismo ni del miedo, sentimientos totalmente ausentes en un personaje que aparece como seguro y confiado. ¿Desea quizá el pelirrojo llamar de nuevo la atención sobre su delito?

A lo largo de la breve, pero intensa carrera criminal que el pelirrojo mantiene en esta narración puede observarse así unos patrones de conducta muy similares. En primer lugar, al crimen social se le une siempre como agravante el delito cortesano, aunque hay que considerar que la comisión del delito no parece premeditada, sino más bien accidental, propiciada por las circunstancias. Y, a continuación, cuando esas mismas circunstancias le permiten al pelirrojo —en todos los delitos por él cometidos en esta historia— salir indemne, él mismo es quien lo impide, señalando a quien más puede dañarle en ese momento —Ruodlieb, el viejo, el juez— de manera marcada su culpabilidad.

El beneficio que puede reportar para el pelirrojo esta aparentemente absurda propia inculpación se torna evidente cuando por fin es apresado y condenado. La que parece la más inmediata de las consecuencias, esto es, el rechazo y la demostración pública de una acusada repugnancia por parte del sistema, condena moral tan temida por lo usual por los participantes en el entorno cortesano-caballeresco, es precisamente la que menos ha de afectarle a este personaje, pues, en realidad, como se ha comprobado a lo largo de la narración misma, estas actitudes hostiles ya han formado parte de su vida con anterioridad a su vida delictiva, y, si pensamos que se hallan motivadas por el particular color de su pelo, probablemente el pelirrojo se haya enfrentado a comportamientos de este tipo desde el instante de su nacimiento. Verdaderamente novedoso, como rasgo que nunca había aparecido con anterioridad, serán para él sólo el juicio y la condena, instante al que parece haberse dirigido conscientemente casi desde el principio de su carrera criminal con su manifiesta actitud de riesgo. Pero si son éstas las consecuencias que el pelirrojo espera, y, según parece, casi desea, habrá que pensar ahora qué posibles ventajas puede ofrecerle un hecho que irremediablemente lo conducirá hacia la muerte.

A pesar de que, por lo usual, el veredicto y la pena pronunciada a continuación deberían constituir uno de los momentos más temidos por cualquier delincuente que comete sus crímenes por simple satisfacción personal —como parece sugerirse para el pelirrojo, descrito como ser marginal y conflictivo— el pelirrojo parece desear estos instantes casi con desesperación. De hecho, en la totalidad de los casos aquí reseñados durante la comisión del delito, el disfrute del pelirrojo no parece ser demasiado acusado, produciéndose para él el mayor deleite en cuanto logra, con un exhibicionismo sorprendente, darle publicidad a sus faltas. Con ello, el pelirrojo crea la impresión de que la única

motivación que le lleva a caer en la criminalidad es la publicidad que ello le reporta, el interés que provoca en su entorno, y el castigo —no sólo moral, sino físico— que el sistema le impone.

Aunque en principio parezca extraño para un personaje individualista y egocéntrico tender hacia una situación que en teoría no le reporta ningún beneficio práctico particular, un detenido análisis de la situación revela sin embargo un factor que podría ser determinante. En el momento en el que el sistema condena al pelirrojo según sus leyes, resulta evidente que ha dejado de ignorarle y que no le excluye de entre sus componentes, pues sería imposible exigir de un personaje la observación de unas normas determinadas, si queda claro que éste se rige por otras reglas totalmente diferentes. Cuando el entorno cortesano culpa a der Rotkopf de su delito, le está indicando con ello que, en realidad, podría haber actuado de otra manera, que se trata de un personaje perfectamente capaz de distinguir el bien del mal, y que ha elegido un sendero erróneo. Pero, y ello es lo trascendental aquí, le concede la capacidad de elegir, negando así que por causa de su innato color de pelo el personaje se ve impelido a hacer el mal.

Por un fugaz instante, así el sistema ha aceptado al pelirrojo dentro de sus fronteras, le ha desdotado de esa marginalidad que parecía inherente, y ejerce su autoridad sobre él como si de un hijo descarriado se tratara. El pelirrojo, imposibilitado para incluirse en una comunidad hasta este preciso instante, puede sentirse ahora como miembro de algo —en su condena pública, el sistema ha de reconocerle como parte de sí mismo para volver a expulsarle. Aunque fugaz, la victoria del pelirrojo sobre el sistema, al que ha obligado con sus crímenes cada vez más evidentes a que lo acepte como miembro, es completa. Su último delito se ha convertido de este modo, tras múltiples y similares intentos fallidos, en el modo más idóneo para alcanzar la integración. Quizá ahora las casi amenazantes palabras formuladas por Ruodlieb alcancen otra lectura: «lo que buscas, lo hallarás», se convertirá así en una profecía maravillosa, ansiada, y paradójicamente gloriosa, única salvación para la marginalidad del pelirrojo.